

Sábato y el “Informe sobre ciegos”

Por el Dr. Hugo Acosta

Una interpretación sobre el oscurantismo sabatiano y los males de la ceguera del hombre moderno.

Si hay un escritor que ha logrado descender a los infiernos regresando ileso para contarlo, si existe un Dante en nuestra literatura, no es otro que Ernesto Sábato. A través de un alucinante y no menos tenebroso portal compuesto por ciegos y tinieblas, por cavernas, por criaturas y alimañas de la noche, por pasajes subterráneos, por monstruosas pesadillas y perversiones, Sábato accede a los inextricables dominios de las “potencias infernales”. Pocos escritores han podido interpelar tan vastas y abominables regiones sin perderse, sin caer en la locura o el suicidio. Sábato es uno de ellos y sus más oscuras obsesiones cobran existencia, una terrible existencia, en –a mi parecer– el más celebrado capítulo de su novela *Sobre héroes y tumbas*: “Informe sobre ciegos”.

Nadie que haya leído el Informe... ha podido evitar una especie de pavor, o al menos cierto recelo, al cruzarse con algún ciego en el subterráneo. Tan fatídicamente convincente resulta la crónica de Fernando Vidal Olmos. Con un poder de razonamiento lógico que alcanza niveles de paroxismo, propio de una inteligencia científica –pues no olvidemos que Sábato es un hombre salido de las ciencias duras y que antes de abocarse de lleno a



G. Haslam

la literatura se desempeñó como físico en el mismísimo Instituto Curie, de París—, este cínico, desesperado y por momentos siniestro personaje sabatiano construye su informe contemplando en sus fundamentos todo tipo de variables, aún las más inverosímiles, con tal genio persuasivo que el lector acaba sugestionado con una delirante posibilidad: la Secta Sagrada de los Ciegos ejerce el gobierno del mal sobre la tierra.

Personaje logrado, psicológicamente arduo, Vidal Olmos dispara sus balas contra las instituciones, las mujeres y la gente común, contra la ciencia y la tecnología, siempre irónico, con ideas extremas, desplegando un cinismo inquietante, cuando no perturbador. Debatiéndose en una atmósfera de caos y desesperanza, el singular discurso de este paranoico cobra, sobre todo hacia el final del Informe, un tono alucinatorio y apocalíptico. Y es en este apocalíptico estrato alucinatorio, en este genial onirismo que precede el final de la crónica, que puede apreciarse a un Sábato casi surrealista o surrealista, nunca del todo reconocido.

Con respecto de los ciegos “...que, cosa natural, abundan en los subterráneos, por esa condición que los emparenta con los animales de sangre fría y piel resbaladiza que habitan en cuevas, cavernas, sótanos, viejos pasadizos...”, Sábato fatiga recursos para lograr convertirlos —en voz de Vidal Olmos— en una raza peligrosa y maligna; y, ¡vaya si lo consigue! Incursionando con esa sordidez que le es propia, el escritor explora y explota, distorsionando y mistificando, el submundo de los ciegos. Narrando hechos, si no espeluznantes, por lo menos capaces de afectar la sensibilidad del lector ingenuo o desprevenido.

Y así como aquello cuya presencia y cercanía tememos, pero sin embargo, sumidos por un extraño y poderoso mecanismo psicológico, no podemos evitar que nos atraiga, tal vez por el mismo mecanismo que obliga a alguien que siente terror por las alturas acercarse al borde de una cornisa para contemplar el abismo, así también, Sábato, acaso ante una recurrente obsesión por la ceguera, elige sumergirse en una especie de pesadilla literaria signada de ciegos y tinieblas; a modo de exorcismo, quizás. El hombre que formaba parte de lo mejor de la élite científica de este país, abandona y desdeña de pronto el cobijo luminoso que la ciencia le ofrecía, eligiendo recorrer, solitario, el camino incierto de la creación literaria; camino que Sábato recorre de la única manera que puede hacerlo, partiendo desde lo más sór-

dido y oscuro de su ser, para intentar encontrar, a veces con desesperación, el sendero que lo lleve hasta su propia luz.

Sábato es de alguna manera oscurantista. Aborrece la tecnología y los avances de la ciencia en tanto y en cuanto no se acompañen de una evolución espiritual del hombre. Sufre, literalmente, por la ciencia que mata y la tecnología que esclaviza al individuo humano. Para Sábato no hay evolución material que valga la pena si no va de la mano de una superación moral y espiritual. Y ataca vivamente la tecnocracia y la profunda estupidez del hombre actual. Se puede decir que hay en esta especie de “ceguera” del hombre moderno, que “ve” la aparente solución de todos sus males en el poder que la tecnología le ofrece, sin poder “ver” ni medir los terribles alcances de su propia involución espiritual, un potencial peligro que debemos temer. Tal como Fernando Vidal Olmos advierte en su delirio el peligro que significan los ciegos, y a modo de analogía, debemos también advertir el serio peligro que supone esta “ceguera” de la que es víctima el hombre de la sociedad super-tecnológica.

Ahora bien, y volviendo al Informe sobre ciegos, si en el carácter general de la novela este capítulo tiene un peso decisivo en la comprensión del acontecimiento más relevante, aún puede leerse como un fragmento aislado, sin que por ello pierda coherencia. Tanto es así que, separado del resto, puede considerárselo como una pequeña novela psicológica. Por supuesto, no ocurre lo mismo a la inversa. Es decir, la cohesión última de *Sobre héroes y tumbas* depende, en esencia, de este formidable capítulo en que la respuesta al interrogante del asesinato de Fernando Vidal Olmos en manos de su propia hija, se encuentra, con sutil maestría, escondida entre sus páginas.

No es mi intención realizar una crítica literaria, pues no podría encararla con la capacidad y la seriedad que Ernesto Sábato se merece. Sólo pretendo esbozar y compartir mi opinión con relación a Sábato y su Informe sobre ciegos, nacida, claro está, de mi pasión por la literatura y de la admiración que el escritor me merece.

Sábato es una especie de médium, un visitante de oscuros y sórdidos territorios, propios y del hombre de su tiempo, y el Informe sobre ciegos no es más que un fiel testimonio de su tenebroso viaje al dominio de las “potencias infernales”. MO